

LA CRUZ, FIDELIDAD AL HOMBRE

LUCAS F. MATEO-SECO

Afirmar con toda la seriedad del corazón y de la inteligencia que Cristo, «el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16) ha muerto y resucitado por los hombres debe sumir al teólogo en un profundo estupor ante el hecho y ante las consecuencias de orden antropológico que de aquí se derivan. En efecto, este *factum tremendum* está motivado según declara el mismo Jesús por el amor divino, pues «de tal modo amó Dios a este mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

En Cristo muerto y resucitado por los hombres, las cuestiones antropológicas adquieren una dimensión y una radicalidad inigualables. Desde el punto de vista bíblico es imposible hablar adecuadamente del hombre sin hablar de Dios, pues desde las primeras páginas de la Escritura Santa el hombre aparece definido como imagen y semejanza de Dios, y su historia como esencialmente ligada a su vocación de amistad en libertad con Dios. La naturaleza del hombre —su constitución de alma y cuerpo— está en razón de su vocación al perpetuo diálogo con Dios y, a su vez, la amistad a la que es gratuitamente llamado está de acuerdo con su íntima naturaleza, perfecciona el modo de ser humano haciéndole trascendente a sí mismo.

Al mismo tiempo y en razón de esta afirmación esencial al pensamiento cristiano —«Dios amó al mundo de tal modo que le entregó a su Hijo Unigénito» (Jn 3,16)—, el teólogo sabe que es imposible hablar de Dios sin decir algo de El que ya puso de relieve la patristica griega: que está lleno de *philanthropía*, que a El corresponde en forma única e inefable el título de *philanthropos*, amante del hombre. Si resulta imposible hablar del hombre adecuadamente sin hablar de

Dios, a cuya imagen está hecho, también resulta imposible en esta economía de gracia hablar de Dios prescindiendo de su referencia —de su libre atadura— al hombre y a su historia.

TEOCENTRISMO Y ANTROPOCENTRISMO

Es, pues, la teología misma y precisamente por su dimensión teocéntrica y cristocéntrica, la que se impone a sí misma y a fondo la cuestión sobre el hombre. Y la cuestión antropológica primordial que se propone la teología es ésta, que formulo con palabras de Juan Pablo II: «¡Qué valor debe tener el hombre a lo ojos del Creador, si *ha merecido tener tan gran Redentor*¹, si Dios *ha dado a su Hijo* a fin de que el, el hombre, *no muera, sino que tenga vida eterna* (Jn 3,16)»². La Cruz, que indiscutiblemente habla de pecado y de muerte, es al mismo tiempo y antes que nada revelación suprema del amor de Dios al hombre y, en razón de esto, revelación suprema de la dignidad y valor de cada hombre. «Valen tanto los hombres, su vida y su felicidad, que el mismo Hijo de Dios se entrega para redimirlos, para limpiarlos»³.

Conviene subrayar que esta *entrega* del Hijo es calificada por la Sagrada Escritura como entrega obediente. Así lo pone de relieve el célebre himno de la Carta a los Filipenses (2,5-11). Así lo manifiesta Nuestro Señor al hablar del mandato recibido del Padre⁴. La entrega generosa del Hijo se muestra siempre como respuesta filial a la iniciativa salvadora del Padre. Esta iniciativa del Padre emerge de su amor a este mundo. Se trata de una amor cuya perseverancia y fidelidad no han sido quebradas por el pecado del hombre. El Redentor del hombre, elevado en la cruz, «revela plenamente el hombre al mismo hombre»⁵ precisamente a través de su referencia a este amor del Padre, a este amor originario que se encuentra en la base del acto creador y en la base también del designio salvador.

Tocamos aquí un punto fundamental de la doctrina sobre el hombre que el teólogo ha de profundizar una vez y otra. Se trata de una

1. Misal Romano. Himno *Exultet* de la Vigilia Pascual.

2. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 10.

3. J. ESCRIBA DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Homilias, Madrid 1981, n. 165.

4. La claridad con que el término *entolé* apunta hacia un verdadero precepto queda reforzada por la contundencia con que en la Sagrada Escritura se habla de la obediencia de Cristo y de su muerte como un acto de obediencia.

5. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

verdad que no puede ser reducida a los principios de ningún sistema filosófico; una verdad que trasciende toda filosofía y que distingue la antropología teológica de toda otra antropología. Esta verdad es lo primero que el teólogo debe poner de relieve al tratar sobre el hombre: el amor de Dios al hombre —amor creador y redentor— fundamenta definitivamente la dignidad humana, alumbrando la razón de su íntima constitución —esa intuición de que por su interioridad trasciende al universo material entero—, e ilumina la grandeza de su destino.

«Mientras las diversas corrientes del pasado y presente del pensamiento humano —escribe Juan Pablo II— han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizás el más importante, del Magisterio del último Concilio»⁶. Dada su mutua referencia, la verdad sobre Dios forma parte de la verdad sobre el hombre que la teología en cuanto testigo de Cristo debe entregar al mismo hombre.

La Constitución *Gaudium et spes* pone de relieve que «creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de ellos»⁷, y refiriéndose a la constitución del hombre, anota: «No se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material y al considerarse no ya como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana. Por su interioridad es, en efecto, superior al universo entero»⁸. Y, sobre todo, señala que la «razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios»⁹.

El Concilio alude también al incesante vaivén de opiniones en torno a la naturaleza del hombre y su destino. Estas opiniones van desde la irracional exaltación del hombre presentándolo como regla absoluta de sí mismo, hasta las filosofías de la duda y la desesperanza. Aflozan en ellas desde la negación del espíritu como constituyente del hombre, hasta la pesimista consideración del pecado original que ha-

6. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, n. 1.

7. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 12.

8. *Ibid.*, n. 14.

9. *Ibid.*, n. 19.

bría reducido el hombre a un simio perverso. Y, evidentemente, un mono perverso no merece —no es digno— de amor.

En cualquiera de estas posiciones resulta imposible justificar teóricamente que todo hombre, cada hombre, por el *nudum factum* de ser hombre, es decir, animal racional, es, en cierto modo, un absoluto. Sólo el amor de Dios —amor que causa el bien en el que ama— le hace en su misma naturaleza sujeto capaz de dialogar con El —ese diálogo de conocimiento y amor— y, al mismo tiempo, desde el primer momento de su creación sólo la gratuidad de ese amor le llama a la intimidad consigo.

La vocación sobrenatural del hombre es razón de su constitución natural, es decir, la razón de que haya sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gen 1,26 s.). De ahí esa misteriosidad del hombre cuando se le considera estáticamente en su sola naturaleza, en su nuda constitución. En efecto, por su naturaleza se siente el hombre superior al universo y, al mismo tiempo, como diría Goethe, patizambo, pues mientras su corazón es insaciable —tiene una capacidad infinita—, la misma modestia de su cuerpo hace pensar que es el único ser de la creación modelado para ser inevitablemente frustrado.

Hay algo en el interior del hombre que clama por el Absoluto. Más aún, el mismo se sabe en cierto sentido absoluto, de forma que, cuando el poder o la violencia le instrumentaliza relativizándolo, se siente tratado injustamente, vejado en su propia dignidad. No es el hombre simple parcela de la naturaleza, sino persona. La filosofía explica esto precisamente por la capacidad humana de trascender lo efímero mediante su pensamiento y mediante su amor.

Pero al mismo tiempo, si se afirma que por virtud de su inteligencia el hombre es superior al universo material entero, y no se pone en relación esta naturaleza con su vocación, la afirmación parece carecer de sentido. A la hora de la verdad, si se prescinde de la sobrenaturalidad de su vocación, la única diferencia existente entre el hombre y el mono sería la diversa conciencia que cada uno tiene de la propia muerte que se avecina. Pero un saber que no salva de la muerte, no sirve para mucho. ¿De qué serviría al hombre ser consciente de la propia muerte, si al final se muere? Solo serviría para añadir a su muerte una inútil aflicción suplementaria. Desligado de su finalidad —incluso aunque se admitiese la espiritualidad del alma— el hombre carece de esa entidad suficiente que le constituye en ese valor en cierto sentido absoluto, no relativizable.

La mera constitución natural —su calidad ontológica— no basta para explicar esta dignidad absoluta de la que el hombre en su inte-

rior se sabe asistido. Ni el desnudo hecho de la conciencia, ni incluso la perennidad de la existencia —la inmortalidad del espíritu— justificarían adecuadamente esta absolutez. En efecto, el que una piedra existiese perennemente no justificaría el que se la tomase como un valor absoluto.

Para el teólogo, el hombre se caracteriza por haber sido querido por sí mismo por Dios en amor de amistad. Este amor, eterno e infinito del Absoluto, se plasma ya en la naturaleza que crea, hermosa y soberana, capaz de ser llamada ella misma al diálogo de amistad: inteligente, libre, hecha para amar. En su misma constitución, el hombre participa de la luz de la inteligencia divina, y lleva en sí mismo la llamada que le atrae con suavidad a la búsqueda y al amor de la verdad. El hombre es alguien querido por sí mismo con amor infinito. «Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador»¹⁰.

Con razón, la *Gaudium et spes* insiste en que «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»¹¹. En El se esclarece el sentido del existir humano. Este sentido alumbra el por qué de su maravillosa constitución como animal y como persona y, al mismo tiempo, alumbra el por qué de las misteriosas exigencias del corazón humano en búsqueda de infinito. Me refiero a esa tensión insuperable entre la finitud del hombre y su aspiración ilimitada, que le lleva a esa búsqueda del sentido último de la vida en un constante trascender lo afímero que el constituye en un buscador perpetuo.

NATURALEZA E HISTORIA

La revelación divina habla del hombre refiriéndose a su naturaleza siempre en relación con su creación y su historia. En efecto, la Escritura Santa que muestra al hombre creado a imagen y semejanza de Dios, puesto por Yaweh como rey del paraíso, como pastor de la creación, narra también la amistad con Dios y la transgresión que tiene lugar en el exordio de la historia. Ambos aspectos inciden

10. Ibid.

11. Ibid.

en lo que llamamos misterio del hombre. Esta historia explica la grandeza y la miseria humana; el ansia de infinito que emerge del corazón del hombre en forma que le parece connatural y, al mismo tiempo, la íntima división que siente entre el bien y el mal hasta el punto de sentirse tantas veces impotente ante la avalancha de mal que le circunda o ante la poderosa fuerza maligna que le brota de dentro.

«Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al mismo hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»¹². La plena manifestación del hombre en la plena dignidad de su naturaleza tiene lugar en la referencia —no sólo conceptual sino también íntegramente existencial— a su amor creador y a la fidelidad de este amor.

Quizás hoy más que nunca, el teólogo, para hablar del hombre, deba remitirse al principio: al amor que había en el principio. A la fuente de que ha brotado el ser humano. Quizás hoy como nunca, deba subrayar la verdad sobre el hombre, el destino y fin para el que está hecho. Sin esta finalidad, incluso el mismo constitutivo de su naturaleza parece contradictorio: su ansia de infinito, un derroche inútil. Quizás una pesadilla, resultado de su indigencia infinita. Una pasión inútil.

Siguiendo el pensamiento clásico, podríamos decir que la naturaleza humana —como todo ser— revela en sí misma su causa final. La razón de elegir una u otra materia, la razón de la forma que se le dá, está en dependencia de la causa final que se propone la causa eficiente. Ni la historia se da sin naturaleza, ni la naturaleza humana puede entenderse sin el fin que se le ha dado.

Y el fin que se le ha dado desde el principio es el amor. Creó Dios al hombre para el amor, para el diálogo con El y con los demás. Toda la ley y los profetas —insistirá Jesús— se encierran en estos dos mandamientos: amarás a tu Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas tus fuerzas; y al prójimo como a tí mismo. «El hombre —hará notar Juan Pablo II— no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor (...)

12. Ibid.

revela plenamente el hombre al mismo hombre»¹³. El es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). Todo en Jesús apunta hacia el Padre; todo en El tiende hacia su amor.¹⁴

EL HOMBRE NUEVO

El amor es la razón de la existencia del hombre y, para que pudiese amar, se le dotó de inteligencia, voluntad y libertad. En el exordio de su existencia, le otorgó Dios también la gracia de su amistad. Naturaleza y destino encontraban así una armonía divina. La Teología debe considerar también desde la cruz de Cristo ese otro hecho de la vida del hombre que tuerce su historia y, hasta cierto punto, incide también en su naturaleza. Por el pecado el hombre no sólo ha rechazado la amistad de Dios, sino que ha quedado herido, *vulneratus in naturalibus, y commutatus in deterius*¹⁵, hasta el punto de que en determinadas circunstancias una consideración superficial le haga aparecer como un mono perverso, intrínsecamente corrompido.

La Cruz de Cristo testimonia la gravedad de este acontecimiento, pues El vino «a dar su vida en redención por los muchos» (Mt 20,28). Pero testimonia antes que nada que, si bien el pecado supuso una ruptura por parte del hombre, por parte de Dios no supuso una quiebra en su amor y en su fidelidad. El pecado, que torna la historia humana en un drama —una lucha—, hace que Dios muestre su infinito amor al hombre por medio de su obra más grandiosa: la Redención. En Cristo, «la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre»¹⁶.

Esta fidelidad de Dios al amor que desde el principio ha dado al hombre mantiene el valor de la naturaleza humana en su vigor y dignidad originales. «¡Redentor del mundo!. En El se ha revelado de un modo nuevo y más admirable la verdad fundamental sobre la creación que testimonia el Libro del Génesis cuando repite varias veces: *Y vio Dios ser bueno*. El bien tiene su fuente en la Sabiduría y en el Amor. En Jesucristo, el mundo visible, creado por Dios para el hombre —el

13. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 10.

14. Como hacen notar frecuentemente los exégetas, toda la predicación de Jesús está centrada en Dios y en el Reino de Dios.

15. Cfr. PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 16.

16. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

mundo que, entrando el pecado, está sujeto a la vanidad— adquiere nuevamente el vínculo original con la misma fuente divina de la Sabiduría»¹⁷.

No se deben silenciar los gozosos textos de la Sagrada Escritura que cantan la fidelidad de Dios y su triunfo sobre el mal que emerge de los corazones humanos e invade con fuerza las estructuras de la sociedad y, en cierto sentido, la creación entera (cfr. Rom 8, 19-21). Aunque parezca elemental, la historia de la teología muestra que es necesario insistir en este aspecto: la Cruz no es rechazo de la naturaleza, ni del hombre, sino del pecado. La Cruz emerge de la fidelidad del Dios al amor que tiene al hombre. «El padre del hijo pródigo es fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su Hijo (...) El padre le manifiesta, particularmente, su alegría por haber sido *hallado de nuevo* y por *haber resucitado*. Esta alegría indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre; indica, además, un bien hallado de nuevo, que en el caso del hijo pródigo fue la vuelta a la verdad de sí mismo»¹⁸.

Esta fidelidad del omnipotente amor creador, que se manifiesta en la redención del mundo, lleva a los hagiógrafos a repetir con fuerza que el hombre redimido es en Cristo una nueva criatura, un hombre nuevo (cfr. Ef 4, 24; Col 3,10). Se trata de una restauración en la propia dignidad, una renovación que es al mismo tiempo una elevación y que lleva a la Iglesia a cantar *O felix culpa!* En Cristo Redentor, «el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad. En el misterio de la Redención el hombre es confirmado y en cierto modo es nuevamente creado. ¡El es creado de nuevo!»¹⁹.

La fidelidad de Dios a la dignidad del hombre creado a su imagen torna imposible la concepción de la redención como algo que sólo afectase al hombre extrínsecamente, como una mera no imputación de la culpa. Para la doctrina católica la redención implica liberación del pecado; no sólo amnistía del delito, sino triunfo sobre el poder del mal que anida en el corazón del hombre. La Redención restituye «al amor su fuerza creadora en el interior del hombre, gracias a la cual él tiene acceso de nuevo a la plenitud de vida y santidad que viene de Dios»²⁰.

17. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 1.

18. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, n. 6.

19. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 10.

20. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, n. 7.

Estimo que esta fidelidad de Dios a su creación, que fructifica en la redención entendida esta como una liberación del hombre mediante su transformación en nueva criatura, como un devolver al amor su fuerza creadora, es parte esencial de la antropología cristiana. Lo que allí se dice en torno a la dignidad absoluta —no relativizable— de cada persona humana radica en la fuerza transformadora de la redención. En efecto, un mono perverso —por muy inteligente que sea y por muy perenne que quiere entenderse su alma— no parece que sea acreedor, que merezca un respeto inviolable. A lo sumo, en una justificación puramente legal, no se castigaría su delito, pero su perversidad, su egocentrismo total que le tornaría incapaz para el amor, impediría que su naturaleza tuviese en sí misma una dignidad absoluta. Más bien carecería de dignidad. Al mismo tiempo, una tal imposibilidad de regeneración interna estaría apuntando hacia una impotencia divina: la impotencia de restituir al hombre en su íntima dignidad, de darle aquellas fuerzas con que le dotó al principio, precisamente porque estaba modelado para un diálogo de amor. La victoria de Cristo en la cruz alcanza al hombre al que restaura en la justicia y santidad en que fue creado de forma que lo transforma, como gustaba repetir a San Pablo, hasta el punto de que es elevado a *nueva criatura en Cristo* y «por medio del Espíritu, que es *prenda de la herencia* (Ef 1, 14), se restaura internamente todo el hombre, hasta que llegue la *redención del cuerpo* (Rom 8, 23)»²¹.

21. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

